

FRANCISCO VILLAMARTIN, LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LA CIENCIA DE LA GUERRA

SEGUNDO PREMIO EN EL CONCURSO DE ENSAYOS
DEL SESQUICENTENARIO

(Convocatoria: Orden 110/00017/1983, de 24 de mayo de 1983)

Por Joaquín DE BERENGUER DE LOS ARCOS
Teniente Coronel Jurídico de la Armada
y Abogado del Ilustre Colegio de Madrid

*La ciencia no hace la guerra más terrible, hace simplemente que
parezca más terrible, lo que es un resultado muy deseable.*

George R. Harrison, «Atomos en acción»

*No cabe duda que la guerra abstracta es horrible,
asiento en ello con todo mi corazón.
Pero la civilización sigue avanzando,
aunque a veces sobre un carro de pólvora.*

James Rusell Lowell, «The Bigelow Papers»

Como piensa en su corazón, así es.

Proverbios, XXIII,7

Se hace preciso iniciar este trabajo con un análisis, aunque somero, orientador de la personalidad y carácter del comandante Villamartín, que aclare, en lo posible, su binómica personalidad reflejada tanto a lo largo de su carrera militar como en sus escritos particulares y obras dadas a la imprenta.

Sólo existe una línea continua y sin equívoco posible en lo referente a su vida familiar, y nos referimos a familiar como esposo y padre amantísimo que fue. Hay que recordar, por humanidad y respeto, a aquella doña Clotilde Lagoanere, su esposa, y aquella su única hija que murió en los primeros y más tiernos años de su niñez. La viuda de Villamartín poco tardo en morir tras el fallecimiento de su esposo.

No podemos por menos de reproducir unos párrafos de una de las cartas de la copiosa correspondencia que de Villamartín recibió el coronel don Fernando Casamayor. Las frases aterran por su desgarradora simplicidad y, en unas pocas líneas se plasma todo el carácter delicado y la resignación viril de un hombre al que, inmisericordes, le golpean los reveses que acepta con un cierto patetismo en el que se transparenta una tremenda grandeza de alma.

«Mi querido amigo: No lo olvido a usted. Por correspondencia, entre personas ilustradas, se conoce no sólo la inteligencia, sino también el corazón, y ambas cosas valen mucho en usted para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he perdido a mi hija única, y este golpe, por razones especiales, ha sido para mí mucho más cruel que lo que hubiera sido para otros padres. No era feliz, pero yo creía serlo, porque toda mi vida se concentraba en los afectos de mi familia; y el vacío de hoy ha descubierto otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi niña con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me proporciona mi obra, la escasísima protección que se me ha dado, pues si bien, por un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, y a quien yo no conocía, se me dio la Cruz de Carlos III por influencia Real, el Gobierno nada ha hecho; bien es verdad que yo valgo poco para solicitar.»

Sobrecoge la lectura de la epístola y el pensar imaginar a uno de los más grandes tratadistas militares del pasado siglo, no sólo a nivel nacional, sino europeo, y aun mundial, agradecer humildemente la concesión de una Cruz «sencilla» de la Real Orden de Carlos III por parte de alguien a quien ni siquiera conoce, a la vez que se lamenta, con una enorme elegancia de espíritu de los atrasos, en otras palabras y crudamente, deudas, originados por la edición de sus «Nociones del Arte Militar», y de las que siempre vivió preso.

Su hijita, aquella que con sus juegos y caricias le ocultaba la sordidez y penuria material de su entorno y economía doméstica, le abandona, dejándole sólo con sus decepciones, y aquella esposa de la que tan poco sabemos, precisamente por imaginárnosla callada y diligente, preocupada con la economía casera, como buena esposa de militar, apoyándole con su presencia en las penas y penurias cotidianas. Recordemos que ella muere al poco tiempo de la desaparición de su esposo.

Obviaremos su trayectoria militar, por otro lado reflejada en su Hoja de Servicios, por ser la típica del militar medio de la época

haciendo mención, no obstante, a su ascenso a teniente coronel, concedido por el capitán general don Manuel Pavía, Marqués de Novaliches, y que nunca le fue confirmado, lo que sumó una amargura profesional a la melancolía de su vida privada.

El ideario político de Villamartín era, como hijo de su época, extremadamente avanzado. Republicano por convicción, ideológicamente era un tanto socialista, entendiendo por tal el sentimiento que, a la sazón, despuntaba de igualitarismo y redención de la miseria en la que se encontraban los desheredados. No obstante, sus sentimientos políticos personales jamás le llevaron a un mesianismo de libertador de la Patria ni de redentor de la sociedad. Pensaba que, si bien era libre para sostener cualquier idea política o social sobre el Estado perfecto, su deber como militar le obligaba a acatar y defender al Gobierno constituido, fuera cual fuese su tendencia o formación.

Su actitud es la praxis más perfecta del militar profesional y así en la acción del puente de Alcolea, decisivo del triunfo septembrino, si bien su corazón estaba del «lado de allá» su persona y su espada lo estuvieron «del de acá». A pesar de permanecer fielmente al lado del gravemente herido Marqués de Novaliches, del que era su edecán y que le acababa de ascender a teniente coronel, le confía epistolarmente a su querida prima, doña Isabel Villamartín, su alegría personal por el triunfo de la Revolución, a la vez que le plantea sus dudas de que el ascenso obtenido en el campo de batalla le sea reconocido por el nuevo Gobierno, al que en su fuero interno y en lo íntimo de su corazón apoya.

Con su fidelidad a sí mismo y su obediencia al Gobierno que «de hecho» existía, Villamartín no alcanzó medros personales ni ascensos fulgurantes, ya que murió sin pasar del modesto empleo de comandante, pero por contrario evitó añadir su nombre a la nómina de aquellos militares decimonónicos que hacían que el Ejército llevara y trajera la libertad según tenían por conveniente.

No es hasta el mes de julio del año de 1876 que la biografía de este hombre, admirado y estudiado por casi todos los Estados Mayores europeos, es publicada en la «Ilustración Española y Americana» y, posteriormente, corregida y aumentada, vuelve a publicarse en la «Revista Europea», para, finalmente verse reflejada en el libro «Noticias biográficas del Comandante Villamartín», de don Luis Vidart.

El Estado, reconociendo la valía de su obra, edita finalmente sus trabajos a expensas del Ministerio de la Guerra y según Real Orden del 10 de mayo del año 1882.

En el 1876 se concibió la idea de crear una Comisión encargada de recaudar fondos para la erección de un mausoleo en donde reposarán dignamente los restos de tan ilustre soldado. Comisión que hasta el día 23 de junio de 1880 no consiguió exhumar sus restos mortales del cementerio de la Patriarcal y trasladarlos al cementerio de San Justo, en donde previamente se había edificado la bóveda en donde quedaron inhumados.

Muchos fueron los generales, compañeros, hombres de letras y periodistas que allí se congregaron para rendirle un último, aunque tardío, tributo de reconocimiento y respeto. Si alguna ausencia se notó fue precisamente la de los diputados de la tierra que le vio nacer.

Los fondos obtenidos, producto de suscripción voluntaria, solo dieron para la compra del terreno en el cementerio de San Justo, la traslación de los restos y parte del proyectado mausoleo.

Tras estas breves pinceladas sobre la vida, y la muerte, de este gran genio y desdichado mortal nos ocuparemos del análisis, no de su «opera magna», sino de un opúsculo que bajo el título de «Napoleón II y la Academia de Ciencias» dio a la imprenta el entonces capitán Villamartín en el año de 1864, y que empezaba de la siguiente guisa:

«Hace pocos días que el telégrafo nos ha transmitido la noticia de un extraño suceso, cuya verdadera causa no podemos conocer, pues la que por tal se da carece, a nuestro juicio, de fuerza y de razón, o ha sido mal interpretada por las correspondencias de París.

La Academia de Francia, por una mayoría de treinta y cuatro votos contra catorce, se ha negado al establecimiento de una sala de ciencia militar, fundándose en que tal ciencia no existe; y se ha privado, por consiguiente, de contar entre sus miembros al Empeador, que, según se dice, hubiera ingresado en esa sala».

Villamartín inicia así frontalmente, y por primera vez de forma metodológica, en nuestro país el debatido tema de la Guerra como ciencia o como arte; polémica aún no superada totalmente en nuestros días.

Poniéndonos en el pensamiento militar de la época en España, los presupuestos, que luego analizaremos, expuestos en el folleto de Villamartín, provocan no cierto escándalo, y son considerados como influjos «tedescos» entre sus pocos coetáneos pensadores militares.

Así, uno de los más ilustres representantes, cual era el general de Ingenieros, don José Almirante (sí, el de la calle) en su difundido «Diccionario Militar» afirma dogmáticamente que la Guerra como tal no es ciencia y, para rebatir ese concepto prusiano, se agarra a lo expuesto en la «Táctica de las tres Armas», del coronel Decker, alemán él, y en donde se postula que, tanto la táctica como la dirección de la guerra son sólo arte, aunque admite que está compuesta de una parte técnica, otra científica y otra intuitiva o consustancial con la personalidad y dotes de quien la dirige.

Villamartín, en sus planteamientos de la Guerra como ciencia, alcanza cotas de percepción tan altas para su época que, a tenor de que sabemos sobre sus estudios, nos crea la incógnita de no saber a ciencia cierta si sus planteamientos son el fruto de análisis estudiosos o de una intuición asombrosa tan poderosa que se entronca, involuntariamente, con los pensamientos filosóficos y metafísicos más claros de su tiempo. Evidentemente, sus planteamientos coinciden, ¿fortuita, conscientemente?, con la teoría de lo incognoscible de Spencer, con la «Crítica de la razón pura», de Kant y con el pensamiento hegeliano de la eterna lucha —oposición, tesis— antítesis y las concepciones, hoy diríamos neonazis, de la lucha como ley de vida y la guerra como un acto natural y perenne del hombre.

Como bien decía Vidart, no cabe duda de que Villamartín «adivina» mucho más de lo que «sabe».

En su folleto sobre Napoleón III y la Academia, compuesto de cinco apartados, hace alusión, en su inicio, a su obra «Nociones del Arte Militar» en lo referente al límite que separa al Arte de la Ciencia según la opinión de los más afamados autores militares.

¿Qué es la ciencia?, se pregunta, y tras enumerar diversas definiciones asevera, «una de las inmediaciones de la inteligencia infinita». Su génesis es cualquier hecho o fenómeno natural o moral que no emane de la fuerza del hombre, ni de la inteligencia o voluntad humanas. Y a continuación, y para asombro de una pluma empuñada por un escritor militar, enlaza una serie de conceptos filosófico-teológicos de gran altura que no pueden por menos de dejarnos un regusto entre teofósico y panteísta difícil de precisar.

La ciencia, en su principio, tuvo que dividirse en tres grandes grupos de conocimientos. Teología o Filosofía. Cosmología y Antropología, según quisieran investigar los misterios de las fuentes creadoras, las leyes del mundo material o al hombre respectiva-

mente. Una vez clasificados objetos y fenómenos, la subdivisión se impuso apareciendo multitud de ciencias que, aunque a veces por caminos divergentes, se entrelazan creando una tupida red.

Como buen militar de Academia concede a las ciencias exactas, las Matemáticas, el don de lo axiomático y de lo absoluto. Las ciencias de observación las adscribe a aquellos efectos que, aunque materiales, son producto de fuerzas ignotas que desconocemos y que Villamartín, curiosamente, llama vitalistas. Las ciencias morales se adscriben a edictos que, aunque puedan ser corpóreos y tangibles, emanan de causas desconocidas a los sentidos. Finalmente, y en lo más obscuro y profundo, de las relaciones del hombre con sus semejantes, aparecen las ciencias políticas y sociales. En pocas líneas Villamartín nos presenta una verdadera cosmología de las ciencias. Sería preciso un extenso estudio para poder analizar las raíces filosóficas, sociales y aun religiosas de esta cuadrología científica, y aún se sacarían curiosas conclusiones si se enfocara aquél desde un punto psicológico y aun freudiano.

Quizá hoy día «esa nebulosa, ese oscuro fondo del saber humano, ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas» no presente mayores problemas, y hasta a algunos les haga sonreír, pero es de ahí precisamente de donde Villamartín destaca la «Ciencia militar».

Comienza el apartado tercero del folleto y nos aparece Villamartín como heraldo, como avanzadilla nietzchiana, proclamando a la guerra como fenómeno natural y social. No otorga concesión. Aparece en el hombre, germina en la familia, crece con la tribu y llega a su apogeo con la nación. Es la ley del progreso. Está en la naturaleza porque su dueño es el hombre; está en la sociedad porque la mandan los pueblos; es un hecho absoluto, un principio cósmico. La Creación, que es sabia, destruye para mejorar; suprime la guerra el equilibrio de las fuerzas sociales desaparece. Tras esas lecturas recordamos la Historia que él no vivió y nos recorre por el cuerpo un escalofrío.

Pero Villamartín continúa imperturbable con una teoría pendular de la Fuerza. La lucha de los elementos evita el que uno solo de ellos sea el que domina la Naturaleza, y así ocurre con las fuerzas sociales: buscan su equilibrio mediante sacudidas. Todo es violento, la vida y la muerte. Al nacer sufre la madre y el nuevo ser al primer vagido. Nada, absolutamente nada, es gradual y suave; todo vive por la acción y la reacción. La paz perpetua sería un viceversa absurdo, una antinomia, una sociedad fósil.

¿Y todo esto lo escribe un hombre duro y cínico? No, quien lo escribe es delicado esposo y un padre que nunca se consolará recordando las caricias de la hija que perdió. Paradoja humana.

El estudio de esas fuerzas, de esas motivaciones, es lo que constituye la Ciencia de la Guerra. Filosofía de la guerra,, metafísica de la guerra, principios de la guerra, dice Villamartín, medicina de la guerra, industria de la guerra, tecnología de la guerra, añadimos nosotros. Sin saberlo estaba describiendo el albor de la Polemología.

Su concepto del progreso y de la historia también es terrible; todas las ideas y aspiraciones humanas necesitan de la sanción de la sangre, ésta es su única semilla. Asia lleva la semilla con sus invasiones al Hélade que la recoge y protege fieramente hasta que Roma la siembra y expande con sus guerras de conquista por todo el orbe entonces conocido. El Cristianismo, faltándole el escudo imperial, necesita de espada y no duda en recoger la de los pueblos bárbaros. El Islam también lleva su ideal con sangre hasta el corazón de la Francia. El deudalismo abate los viejos Estados y, a su vez, aquél es posteriormente triturado por las monarquías puras. Hoy, dice Villamartín con clara visión profética, para fundirlos en uno, se preparan los continentes primero con la guerra de grandes coaliciones, después, estrechando las orillas del Atlántico.

Quizá hubiera influido en su visión cósmica de la guerra y su percepción de las futuras potencias ultramarinas los tres años que pasó destinado en la isla de Cuba y su probable contacto con la realidad industrial y política que ya comenzaba a despertar en el coloso del Norte.

La guerra ha tomado formas sin que el hombre lo supiera: de conquista, de equilibrio, fronterizas, de raza, de religión, por clanes o coaliciones. Aquí el talante social traiciona a Villamartín y le hace continuar «ayer, para crearse las aristocracias, la guerra la hicieron los jinetes; hoy, para que las democracias vivan, la hacen los peones».

Así, pues, concluye, la ciencia de la guerra existe, llámese como se quiera, y si bien no es una ciencia exacta ello se debe a la convención humana, y lapidariamente aserta: «La ciencia se remonta a las causas hasta deslumbrarse, y desciende a los efectos hasta confundirse; pero por ambos caminos parte de un hecho simple, conocido y necesario, y la guerra lo es».

Volviendo al tema sobre el de que si la ciencia de la Guerra existe como tal y cupiera, por tanto, tener entrada en la Academia, y si preguntaran cuál sería su dote y qué bagaje aportaría a tan docta Casa, aprovecha Villamartín para desarrollar uno de los conceptos más sencillos y brillantes hasta ahora publicados. Así, comienza por observar que si toda ciencia comienza por el reconocimiento del principio, la militar reconoce el hecho absoluto de «la Guerra», la define, conoce e investiga sus causas. Así como las ciencias son unas, por ejemplo la Filosofía, pero la Etica, la Moral, la Lógica no son la misma cosa, así la Guerra es una, pero la conquista, la propaganda y la insurrección no. Explicación un tanto escolástica, pero clara. También, como en las demás ciencias, hay que analizar los elementos que las componen, y en este caso el hecho «guerra» tiene diversos elementos tales como el hombre psicológico y fisiológico; por otro lado la sociedad, con sus leyes inmutables y los pueblos con las suyas relativas; también la multitud armada sometida a principios de masa y correspondientemente de otra masa que es el pueblo; finalmente los medios operativos de esa fuerza.

Por tanto, la ciencia militar estudia al pueblo, al Ejército y al individuo como tales. Al primero como origen del segundo, a éste como instrumento de combate y origen social y al hombre, físicamente, como elemento de lucha y, moralmente, como ente volitivo para la misma.

Estas tres columnas de la ciencia militar tienen diversas ramificaciones, y así el entusiasmo o el desánimo en la lucha y sus efectos sería la psicología aplicada a la guerra. Su relación con el hambre, el cansancio o el clima es la fisiología de la guerra. Otro tanto de la potencia ofensiva o defensiva, de conservar o destruir en un ejército, pudiera ser llamada anatomía de la guerra. La influencia en la victoria o la fe por la que se combate, no otra cosa es la moral de la guerra. Finalmente, y tras todo ello, se podrá analizar que consecuencias, tras cada guerra, se han producido en el progreso humano, y eso será la filosofía de la Historia militar.

Como se ve, el abanico que presenta el autor del opúsculo, es amplísimo para su época, y difícilmente lo podríamos mejorar salvo desviaciones y subdivisiones fruto de los actuales avances tecnológicos.

Concluye Villamartín su cuarto capítulo con el siguiente párrafo sin desperdicio: «Si hemos puesto aquí la palabra «ejército»

es porque, siendo la guerra un fenómeno natural, el ejército, en su idea abstracta, lo es también. El hombre, el Gobierno, la entidad Estado, la voluntad humana, podrán afectar a la forma del ejército en sus leyes, en sus armas y en sus modos de combatir; pero la esencia, esto es, la asociación de hombres para la lucha, jamás podrá destruirse en tanto que Dios no suprima el artículo «guerra» de la ley de la Creación».

El general Cluseret, en su conocida obra «Ejército y Democracia», si bien cita con respeto el nombre de Villamartín, le combate algunas de sus apreciaciones a cerca de la existencia de los ejércitos permanentes.

Remata su breve trabajo Villamartín con un panegírico a los beneficios que, a una Academia General de Ciencias, reportaría una sala de Ciencia Militar, la que no sólo armonizaría con las demás Ciencias, sino que sería un valioso complemento y un suplemento al valor humano.

Haciendo una graciosa analogía nos dice que, al igual que hay que estudiar las dolencias para averiguar el funcionamiento del estómago, o las tempestades para averiguar los principios atmosféricos, así para comprender las fuerzas sociales es necesario sorprender a la sociedad en su calentura, es decir, en la guerra.

Para la creación de esta Sala habría que aplicar un orden metodológico preciso y riguroso, dentro de las alternativas que esta Ciencia entraña. Reuniendo los estudios y principios de autores y estudiosos militares, se podría avanzar hacia cuestiones concretas, grandes temas relativos a la guerra como algo absoluto, universal y constante, y otros más pormenorizados tales como Ejércitos de cada Estado según su Gobierno o hábitos, clases de lucha según la causa que defiendan, armas que la ciencia invente, misión histórica de los pueblos, etc.

Estima que no habría que descender a causas o casos prácticos, ya que, quizá influenciado por las «Consideraciones sobre el arte de la guerra» del teniente general Barón Rogniat (traducido y comentado por el subteniente don Juan de la Carte, y editado en Madrid en 1827), nuestro autor opina que, cuando se llega a la aplicación, cuando el Arte funciona, la Ciencia a salido de las Academias y ya está en el Gobierno.

El saber maniobrar un Cuerpo de Ejército o si hay que combatir en dos o tres columnas, en dos o tres filas, con la artillería

a derecha o izquierda, eso es Arte Militar. El analizar qué soldado es mejor si el voluntario o el de leva, si son mejores los ejércitos nacionales o los coaligados, qué guerra debe ser total y cuál no debe serlo, éstas y otras cuestiones político-sociales de altura, eso es Ciencia Militar y nada más que ciencia.

La filosofía de la Historia es la filosofía de la Guerra, el avance de las ciencias naturales es el mejoramiento de las armas, los adelantos de las ciencias políticas lo son de los ejércitos y sus componentes. Así, piensa Villamartín, lo habrá comprendido el Emperador Napoleón III al pedir la creación de esa Sala a la Academia de Ciencias. Si ésta se ha opuesto por negar la Ciencia militar, que explique cuál de las suyas estudia el fenómeno «guerra» y qué cuerpo de ciencias pertenece.

Suponemos que el Emperador de los franceses nunca llegó a leer el folleto del capitán Villamartín; sin embargo, corre como verdadera una anécdota que relata que, cuando en ese mismo año de su publicación, estuvo en Francia el rey consorte, don Francisco de Asís, al hablar los ayudantes de campo de éste de temas militares con Napoleón III fueron los elogios de éste a las «Nociones del Arte Militar» los que más influyeron para que, a poco de regresar a la Corte el regio esposo de doña Isabel II, se ascendiese a su inmediato empleo al capitán Villamartín.

No obstante, debemos de tener un exquisito cuidado en diferenciar, tal y como apuntaba Villamartín, la Ciencia de la Guerra o Ciencia Militar de las ciencias aplicadas a la guerra, su preparación y consecuencias. «El ciudadano —dice Nicholas J. Spykeman en su *American Strategy in World Politics*— no vive ya en una seguridad relativa detrás del frente defendido por las fuerzas militares. La guerra no está ya lejos; se riñe todo a su alrededor, sobre su jardín, sobre su patio trasero y sobre las ruinas de su hogar, y mata sin discrección tanto a los civiles como a los militares». Pensaría Villamartín que esta tabla rasa del sufrimiento sería la consecuencia de una justicia inexorable. Si la guerra fue siempre terrible para el soldado, al ser expresión de una política nacional sería correcto que los responsables de la misma, cuyos votos la respaldan y sustentan, compartan los horrores, privaciones y miserias que estaban reservados al soldado.

George W. Gray dice que condenar a la ciencia porque suministra armas más eficaces para la destrucción es no comprender la naturaleza de la guerra y de la ciencia, ni tampoco la naturaleza de la moral. La elección de las armas es un mero incidente en el

problema moral. Hoy día esperan más de la ciencia en «la afortunada prosecución de la guerra» y esto es debido a que la guerra ha llegado a tales puntos de mecanización que precisa de la activa ayuda de los investigadores, de sus potentes laboratorios, para descubrir, perfeccionar y aplicar las mejores mentes, los mejores métodos e ingenios para así ganarle la delantera al enemigo en el pensamiento y en el combate.

Esa relación entre la guerra y ciencia surge de la misma naturaleza de esta misma. La participación del hombre de ciencia sólo puede ser comprendida si tenemos la visión clara de lo que es la ciencia.

De acuerdo con las teorías expuestas en su opúsculo sobre la Academia, hoy día se admite la influencia recíproca de la guerra sobre la ciencia y de ésta en aquélla con sus aportaciones de nuevas tácticas en los métodos bélicos. El hecho de utilizar a científicos en empresas militares contribuyó a que aquéllas se enriquecieran con numerosas aportaciones. Los experimentos de Lavoisier sobre la descomposición del agua en sus dos elementos se efectuó en el laboratorio del Arsenal del Estado; fue también en un arsenal en donde el Conde Rumford, experimentando en unas piezas de artillería, realizó su gran descubrimiento de que el calor es una forma de energía. El propio Napoleón III, a quien tanto admiraba nuestro autor ofreció un premio para el que descubriera un método barato para fabricar aceros para armamento y que estimuló las actividades de Enrique Bessemer para perfeccionar su procedimiento de convertidor. En nuestros días, los ejemplos son innumerables y continuos.

Curiosamente y desde su primera aparición, la investigación científica sobre el fenómeno de la guerra en dos ramas, derecha e izquierda, por así llamarlas. La primera, con Hermann Kahn a la cabeza, se enfoca como una investigación aséptica y neutral, desnuda de todo elemento retórico o sentimental y analiza el fenómeno de la guerra en términos de megamuertos, en la idea de que si hay algún sistema de evitarla es mirándola desapasionadamente y con cierto desencanto, independientemente de nuestras opciones para la paz que podemos tener a título particular, pero nunca como científicos. Si la ciencia ha podido dominar a la naturaleza no se ve por qué no va a poderlo hacer con los grandes problemas humanos, prescindiendo de emotivaciones de las que se defiende por mecanismos de aislamiento y negación, a fin de dejar al observador en estado puro.

Contrariamente, el otra ala se presenta como «peace research»

no desinteresada, sino comprometida con su propio objetivo, y que es la supervivencia en los precisos momentos en que ésta se ve amenazada por los resultados de la investigación científica. Niega a la ciencia la posibilidad de aislarse de la totalidad de la experiencia humana y considera que la propia existencia de la ciencia como tal está en peligro si también lo está la supervivencia del hombre. En la medida que la guerra atómica pone en crisis la supervivencia humana, con lo que también la hace de la vida sobre la tierra, conservar esta vida se convierte en el presupuesto de cualquier otro conocimiento.

Recordemos las teorías ya expuestas de Villamartín sobre la Guerra y el comportamiento humano, de que aquélla es consecuencia inexorable de la naturaleza del hombre, y por tanto el fracaso de cualquier intento por erradicarla. La historia parece demostrar la connaturalidad de la guerra con el ser humano, y dicha convicción se ha visto reforzada «a posteriori» al observar que dado que la misma implica actos de destrucción por parte de soldados individuales, debe de ser reflejo colectivo de agresividad colectiva y de sentimientos individuales de hostilidad.

Estos planteamientos, hasta hace poco válidos, hoy día, en un examen más profundo, resultan insostenibles y el hecho de que exista un innato instinto de agresión no explica con suficiencia el hecho de la inevitabilidad de las guerras. La complejidad de la guerra moderna, producto de combinación de muchos factores, requiere una detallada y compleja preparación y planificación, así como unos dispendios notables. No es algo que un hombre solo pueda emprender, aunque esté predispuesto a la lucha y la agresividad. Ciertamente, una vez que todo esté preparado y la máquina guerrera suficientemente engrasada, un solo hombre puede ponerla en movimiento, pero la maniobra es tan compleja y sensible que no se presta a la expresión directa del odio o de la ira, sino que lo que requiere en una mente fría, controlada y científica. Así, pues, y paradójicamente la guerra moderna, despiadada y casi total, hace por mor del progreso tecnológico, inútiles los impulsos agresivos, contrariamente a lo que ocurría con las técnicas combatientes primitivas.

A fuer de ser reiterativos debemos volver a hacer hincapié en que hay que tener exquisito cuidado en separar las ciencias que, directa o indirectamente, tratan con el fenómeno guerra y la ciencia de la guerra tal y como la entendía Villamartín. Estos planteamientos se estudiaron en profundidad en los cursos que sobre

problemas militares se impartieron en la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» en el año de 1955. Allí se planteó la existencia de una ciencia que se ocupase de los fenómenos bélicos, sus límites y nombre, pues si para unos debía de comprender la totalidad de tal fenómeno y llamarse Ciencia de la Guerra para otros se limitaría a puntos concretos de la profesión militar y, por tanto, llamarse Ciencia Militar, ocupándose de cuestiones referentes a dicha profesión tanto en la paz como en la guerra propiamente.

Esta dualidad de conceptos «guerra» y «milicia» nos podría llevar a una ofuscación de conceptos que creemos innecesarios y perjudiciales a la claridad conceptual. Militar es, según nuestros diccionarios, lo perteneciente o relativo a la milicia o a la guerra. Utilizado como verbo militar sería «servir» en algo, aquí en la guerra o la milicia. Habrá pues que definir «milicia» como función y condiciones militares, arte de hacer la guerra, servicio, tropa, organización para la guerra.

Por otro lado, el concepto «guerra» es lucha, oposición de voluntades que se manifiestan en una acción. Esa acción es de contraposición. Guerra es un concepto amplio, asignándole al militar la fase en la que estalla la violencia, cuando entran en juego las armas, en su acepción común. Pero hay otras fases, de antecedentes, preparación, liquidación y consecuencias de la misma que también hay que tomar en consideración.

Esta ciencia, ¿qué extremos abarca? Hay numerosas opiniones. Las dos más extremas serían las del general J. A. París, profesor de la Escuela de Guerra prusiana y Bulganin. El primero, tras la guerra franco-prusiana de 1870, escribía en su tratado de «Táctica aplicada»: «las ciencias de la guerra se dividen generalmente en esta forma: 1.º Ciencias fundamentales: Historia Militar, Estrategia y Táctica. 2.º Ciencias auxiliares: Arte Militar, Fortificación, Topografía, Geografía Militar, Conocimientos de E. M., Administración».

Por otra parte, Bulganin, con un concepto más actualizado, opinaba que la Ciencia en cuestión se compone de Arte Militar (considerándolo integrado por estrategia y táctica) y además la Economía, la Moral, la Psicología y la Política. Aún siendo de lo más dispares las formulaciones de ambos tras análisis podemos apreciar que en realidad son formas diferentes de exposición de los componentes clásicos. En cuanto a estrategia y táctica hay completa coincidencia, si bien Bulganin las comprende como componentes del Arte Militar, mientras el general París considera éste aparte. Pero nada enuncian uno u otro que no queden incluidos en los conceptos

enumerados, pues aunque en ninguno de ambos aparece el concepto de organización, y que el primero describe como conocimientos de Estado Mayor y el segundo como economía, abarcan igualmente la Orgánica que la Logística, aunque más diluidas, entrando el resto de las por ambos citadas en la Didáctica.

Pero volvamos al hilo primitivo, a la Academia francesa de Ciencias. La misma tiene sus antecedentes en la Royal Society, fundada en Londres en el año de 1660 por un grupo de filósofos como «un colegio para el fomento de las ciencias físico-matemáticas experimentales», y adoptó su nombre cuando al Rey de Inglaterra se ofreció a ingresar como miembro de la sociedad. Desde entonces se ha considerado a Carlos II como el fundador de la misma. Desde entonces, y hasta el presente, el Gobierno británico ha apelado frecuentemente a dicha Royal Society pidiendo consejo sobre problemas y proyectos científicos de importancia nacional, incluidos aquellos que afectan a asuntos militares y navales.

Seis años después de instaurarse en Inglaterra la Royal Society, se fundó en Francia la Academia des Sciences. También en este caso partió la iniciativa de un grupo de hombres de ciencia que se había estado reuniendo con anterioridad para realizar experimentos y discutirlos. Pero Luis XIV concedió enseguida pensiones a cada miembro de la Academia proveyéndola de fondos adecuados para la adquisición de instrumentos y suministros, ligando así dicho organismo al Gobierno. Como su precedente inglés, hizo estudios sobre la pólvora y otras cuestiones de interés militar. En 1793 la Revolución suprimió la Academia, y hubo un lapso de varios años, seguido de su restauración en el año de 1816, fecha en la que fue reconstituida como una rama del Institut National.

En los Estados Unidos tras algunos conatos similares no es sino hasta los sombríos años de la Guerra de Secesión, concretamente el 1863, cuando se establece la National Academy of Sciences. Esta fue autorizada por el Congreso, sujeta a unos estatutos que obligan expresamente a sus miembros a servir al gobierno de los Estados Unidos como investigadores y consejeros científicos. Aunque no hay ninguna prueba de que el Presidente Lincoln interviniera para activar su organización, se ha afirmado a menudo que dicho Presidente estableció la Academia Nacional de Ciencias como un medio de guerra. Una vez que el proyecto creando la Academia hubo sido aprobado por ambas Cámaras, Lincoln lo firmó.

En España han sido diversos los Organismos e Instituciones que, de un modo u otro, han abordado directa o indirectamente el estu-

dio y tratado del complejo campo de la Ciencia de la Guerra o Ciencia Militar, pero su culminación, a raíz de los trabajos previos de los años 1957-58 encaminados a la creación de una Escuela de Estados Mayores Conjuntos y que cristalizan en el año 1964 con la publicación de los Decretos 69-64 de Reorganización de la Enseñanza Militar y el 70-64 de creación del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, Centro que desde un principio cobró un gran impulso e importancia, en no poca medida, debido al prestigio e ilusión de sus componentes. Son misiones fundamentales la realización de estudios de carácter político-militar, así como estratégico y económico-social y todo cuanto aporte unas bases al estudio de los problemas y análisis de la doctrina que afecte a la defensa nacional. La difusión de esa doctrina, una vez elaborada, no sólo en el ámbito castrense, sino en el resto de la sociedad, es tarea que le incumbe.

La complementación de la preparación de los mandos militares de los tres ejércitos en el estudio de la problemática nacional de todo orden, que no sólo militar, también es una misión y un reto del Centro y, finalmente, servir de lazo e hilo conductor con todo tipo de Organismos civiles que, de alguna manera puedan o pudieren estar relacionados con la defensa nacional.

En el Centro están integrados Organismos de tanta importancia como la Escuela de Altos Estudios Militares, la Escuela de Estados Mayores Conjuntos y el Instituto Español de Estudios Estratégicos.

La indignación, el enojo de don Francisco Villamartín ante la negativa de la Academia de Ciencias francesa a admitir una sala militar en su recinto, y que le hace coger la pluma y dar a luz el opúsculo que hemos intentado analizar como una de las más claras defensas y exposición de lo que es la Ciencia de la Guerra, ha servido para que ésta se consolide y sea admitida y respetada al nivel de cualquiera de las demás y grandes Ciencias que hoy conforman el saber humano.

POST SCRIPTUM

Terminado este trabajo sobre Villamartín y dejado descansar un breve tiempo, lo que en un principio se mostraba relativamente claro, se tiñe de dudas y confusión. La auténtica personalidad del escritor y el personaje, particularmente este último, destilan matices que confunden, imposibilitando clasificarlos en unos parámetros establecidos.

La trayectoria militar, salvo su participación en el hecho de la batalla del puente de Alcolea y la defensa del cuartel de la calle de San Pablo de Barcelona, es normal y hasta anodina; su hoja de servicios así lo demuestra y, en su decurso sólo figura un simple arresto, por un asunto baladí, junto con otros compañeros. Sin embargo, como escritor, y aún diríamos mejor como pensador, de la ciencia militar, su percepción alcanza cotas difícilmente superables con sus homólogos de dentro y fuera de nuestras fronteras.

La mayoría de los que con él están en el Parnaso del pensamiento militar a lo largo de la Historia fueron hombres de agitadas vidas o de un gran poder y prestigio en el ámbito político, militar, cuando no en ambos conjuntamente. ¿Por qué pues Villamartín padece de esa medianidad sólo remontada tras su muerte?

Si bien don Luis Vidart, en su biografía, nos lo presenta como utópico e ilusionado socialista, con las matizaciones que sobre el término ya apuntamos, más bien pudiera considerársele como un romántico, entendiendo el concepto como la corriente idearia que intentaba contrarrestar la frialdad y despersonalización que llevaba consigo el avance implacable de la era industrial.

Su tranquila vida sentimental y familiar, desde el orden espiritual, puesto que las estrecheces pecuniarias nunca le abandonaron, así como la prematuramente truncada vida de su única hija, quizá nos den las claves de su no cristalización en hombre de acción, a imitación de tanto militar decimonónico, para realizar sus ideales.

Su estricto sentido del deber militar como sujeción absoluta al Gobierno constituido, y su concepto del honor militar como servicio exclusivo al uniforme, pueden también ser explicaciones factibles a esa duda.

Con su desaparición, y la casi inmediatamente posterior de su esposa, también lo hace la auténtica solución al enigma de su verdadera personalidad. Afortunadamente la realidad de su obra permanece.

Finalmente es de justicia un recuerdo a los entonces comandantes Irureta-Goyena y Serrano Balmaseda que, con su obra de *No- ciones del Arte Militar*, fueron premiados en el concurso homenaje efectuado por el Arma de Infantería en el año de 1923 en honor del también comandante de dicha Arma don Francisco Villamartín.